mento en que, retrociendo a vista de la loba, *ruinava in basso loco*, rodaba, se derrumbaba otra vez al abismo por la *oscura cuesta*. Él le sacará de aquel lugar salvaje y le conducirá a puerto de salvación. Pero el camino no ha de ser acometer de frente al monte y desafiar a pecho descubierto la furia de las fieras, de la loba particularmente. No; es necesario que emprenda otro viaje por un lugar eterno, en el cual, con la vista de los castigos reservados al vicio y de los premios que se dan a la virtud, su alma se fortalezca contra los asaltos de las pasiones. Va, pues, a sacarle de allí por de pronto a través de las regiones infernales. Y, en efecto, Virgilio echa a andar. ¿En qué dirección? Valle abajo sin duda. Esa es «la cuesta oscura», ese «el camino hondo y silvestre» (1). Al fin de él está la terrible puerta a cuya entrada se deja toda esperanza. Virgilio toma de la mano a su discípulo y le entra consigo en el mundo de las cosas secretas.

* * *

Recordad, Señores, brevemente lo que en ese mundo subterráneo ve el peregrino.—Una llanura ante todo. «Allí, suspiros, llantos, profundos ayes resonaban por el aire sin estrellas. Diversas lenguas, hablas horribles, palabras de dolor, acentos de ira, voces agudas y roncas

(1) *Flamini*, I, pág. 95.

© 2011 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación